



**El mundo diez años después del 11-S**

**SAIS, Washington DC, 12 de septiembre de 2011**

El 11 de septiembre es una fecha para recordar. No debemos olvidar lo que sucedió hace 10 años en Nueva York y aquí, en Washington DC. Fue una fecha de dolor y terror.

Me dirigía a Estonia para una visita oficial cuando tuve conocimiento de los atentados. Estaba previsto que me reuniera con Mart Laar a fin de preparar la presidencia española de la Unión Europea. Obviamente, el encuentro se pospuso y regresé rápidamente a Madrid.

Diré también que yo he sentido los efectos del terrorismo muy directamente. Muchos amigos, miembros de mi partido y multitud de ciudadanos españoles han muerto a manos de los terroristas. Yo mismo soy una víctima de la acción terrorista, aunque, afortunadamente, viví para contarlo.

Conozco y siento como propios el dolor y la angustia de las víctimas y sus familias, a las que siempre tengo presente. Por tanto, permítanme que tenga un recuerdo aquí y

ahora para todos aquellos que perdieron la vida en aquel martes trágico de hace 10 años.

No obstante, debemos recordar el 11-S no sólo por lo que sucedió sino también por lo que significó. Y su significado es claro: el choque entre nuestra sociedad liberal y abierta con el islamismo radical, que considera a Occidente una civilización decadente y corrupta que debe ser sometida al Islam fundamentalista.

Las razones de los atentados del 11-S han hecho correr ríos de tinta. No voy a entrar aquí en dicha controversia. Permítanme, en cambio, avanzar desde el 2001 hasta situarme en el presente.

En 2011 la pregunta que Donald Rumsfeld formuló en 2003 a sus comandantes militares en lo que se denominó “la madre de todos los informes” tiene plena vigencia: ¿estamos ganando o perdiendo la guerra contra el terrorismo? En otras palabras, ¿estamos mejor o peor que hace 10 años?

Creo firmemente que la respuesta es sí. Estamos mejor en 2011 que en 2001, aunque eso no significa que los riesgos y amenazas hayan desaparecido. Existen todavía numerosos problemas que afrontar en un mundo que, sigue siendo, me temo, un lugar muy convulso.

En cualquier caso, estrictamente desde el punto de vista de la seguridad, considero que estamos mejor ahora que hace 10 años.

En primer lugar, porque Al-Qaeda está sometida a una presión enorme y ya no dispone de refugios. Bin Laden está muerto y su red terrorista se ha visto implacablemente diezmada. Al-Qaeda todavía está en condiciones de cometer atentados, pero no de llevar a cabo operaciones de envergadura comparable a la del 11-S.

En segundo lugar, porque la política antiterrorista aplicada por el presidente George W. Bush ha sido un éxito. No se ha cometido ningún nuevo atentado en territorio

estadounidense, a pesar de los numerosos intentos. Asimismo, Al-Qaeda ha sufrido durísimos reveses, entre los que cabe destacar su expulsión de Afganistán y su derrota en Irak merced a sendas intervenciones militares.

Si me permiten la digresión, diré que probablemente el mayor éxito del presidente Obama ha sido precisamente la lucha contra el terrorismo ya que, a pesar de sus titubeos iniciales, ha dado continuidad a las políticas en materia antiterrorista fijadas por su predecesor.

Tercero, porque la cooperación internacional en la lucha contra el terrorismo ha mejorado notablemente desde 2001. Y debería ser todavía más eficaz en los años venideros. La cooperación internacional en materia antiterrorista debe mantenerse no sólo por razones operacionales, sino también por razones políticas: la implicación en la lucha contra el terrorismo ha devenido mérito para ingresar en el club de las naciones serias y probas.

Dicho esto, en cuarto lugar, debo admitir que la amenaza terrorista sobrevive bajo distintas formas, algunas de ellas prácticamente indetectables. Así que existe el riesgo de que el conjunto de la ciudadanía crea, tras un largo periodo sin atentados, que la amenaza ha desaparecido. Esto es comprensible, pero constituye un grave error. Sigue habiendo muchos lugares desde los que planear un ataque terrorista, Pakistán y Yemen, por mencionar sólo dos.

Quinto, aunque presentar batalla a Al-Qaeda era un requisito para nuestro éxito, combatir a al red de Bin Laden en el frente ideológico también resultaba fundamental. Como dije antes, se enfrentaban dos maneras opuestas de entender el mundo: la nuestra y la suya, siendo la defensa de la libertad, la tolerancia religiosa, la economía abierta y la democracia no sólo una obligación moral sino también un recurso estratégico.

¿Quién de nosotros habría pensado hace 10 años que asistiríamos una Primavera Árabe como la que está teniendo lugar desde Marruecos a Omán? Es cierto que las

transiciones políticas que se iniciaron el pasado mes de diciembre en Túnez están siguiendo una trayectoria errática y confusa con desenlace impredecible. Sin embargo, tengo muy claro que aquello que suceda de ahora en adelante en el Gran Oriente Medio influirá decisivamente en la estabilidad del mundo entero. Si todo va bien, se producirá una transformación completa del mapa político de la región; si no, la región se convertirá en un foco de problemas a los que no tendremos más remedio que hacer frente.

Es indudable que la resolución de una vez por todas de la crisis en Libia coadyuvaría a eliminar parte de la incertidumbre que se cierne sobre los cambios que está experimentando la región. Igualmente beneficioso sería abordar con decisión lo que está sucediendo en Siria, para poner fin a la atroz represión a cargo de Bashar al-Assad contra aquellos que se manifiestan en contra de su régimen.

Deberíamos dirigir nuestra atención hacia países como Arabia Saudí, Turquía e Israel, por diferentes motivos, aunque todos comparten al menos una cosa: la creciente desconfianza en la Administración Obama. Arabia Saudí anhela una independencia estratégica, ya que preferiría una política diferente hacia Irán; Turquía avanza para establecerse como el actor principal en la región, lo que complica las relaciones en la zona; e Israel, por su parte, se encuentra en un estado de confusión y no da abasto con todos los frentes que tiene abiertos al tiempo.

Finalmente, hay un problema muy serio que no debemos olvidar o dejar de prestarle la atención necesaria porque nos distraigamos con otros asuntos: la amenaza nuclear de Irán está a la vuelta de la esquina. La carrera entre las sanciones y las aspiraciones nucleares del Ayatolá parece ir a favor de este último. De acuerdo con el inspector de la Agencia Internacional de la Energía, si los iraníes decidieran no acatar el Tratado de No Proliferación y construir su propio arsenal nuclear podrían comenzar a hacerlo, ya que para finales de año Irán dispondrá de suficiente uranio de bajo enriquecimiento como para fabricar algunas bombas. Eso sería una revolución estratégica en sí. Y muy negativa y arriesgada, si me permiten.

Creo que los desafíos anteriores demostraron que la cooperación transatlántica es indispensable. Por eso, creo que es igualmente importante para afrontar los retos presentes y futuros.

Lamentablemente nos encontramos con dos problemas:

El primero radica en Europa. Europa está inmersa en una profunda crisis. Espero que seamos capaces de salir de ella, pero solo cabe esperar.

En estos últimos años Europa ha tomado demasiadas decisiones equivocadas. Por ejemplo:

- Enredarse en un sinfín de debates institucionales que impedían ver claramente la realidad económica, demográfica y social. Ahora nos damos cuenta de que lo que hicimos ayer ha servido de muy poco a día de hoy.

- Olvidarse de los compromisos adquiridos y del respeto a las normas establecidas. No hace falta apuntar que el incumplimiento de esas normas ha tenido un coste que es el que estamos pagando ahora.

- Negar la gravedad y el alcance de la crisis económica.

Siempre he sido un firme partidario del euro, pero si no se toman medidas sacrificadas a tiempo existe un riesgo muy real de que esta moneda, tal y como la entendemos, se haga insostenible. Si un país no puede cumplir con sus obligaciones, no puede permitirse que arrastre al resto al desastre.

La caída del euro significaría el fracaso de todo el proyecto europeo. Los riesgos de desintegración de la Unión Europea implicarían que Europa pasaría a formar parte de los problemas del mundo no de la solución.

Mientras intentamos solucionar esta pesadilla existe otro riesgo que debe evitarse a toda costa. Europa no debe perder su capacidad militar si quiere seguir siendo un aliado de los Estados Unidos. La intervención en Libia ha sacado a la luz las numerosas deficiencias de nuestro ejército, empezando por el insuficiente gasto destinado a Defensa. El Secretario de Defensa Robert Gates se encargó de hacer saltar la alarma en su discurso de despedida en la OTAN.

El segundo mayor problema para la cooperación Atlántica reside aquí, en Washington. A tenor de los problemas económicos, la Administración actual ha adoptado la doctrina del “liderazgo desde atrás”. Eso para mí es totalmente ajeno a la tradición americana y, probablemente, muy peligroso con una Europa en dificultades. Simplemente no es el momento apropiado para que Estados Unidos huya de lo que siempre ha sido y debería ser: el líder claro e indispensable del mundo libre.

Ambos necesitamos sobreponernos a nuestros problemas y poner orden dentro de nuestras fronteras, pero mientras lo hacemos, necesitamos también preservar y cuidar una cooperación estrecha.

Esta es la mejor manera de mantener alejados a los enemigos y de prevalecer ante los problemas que el futuro nos pueda traer.